

## Irlanda

# ESPERANDO A WOJTYLA

FELIPE MELLIZO

**P**OR veinte libras esterlinas, y siempre que lo hayan solicitado ustedes antes del 15 de septiembre, podrán conseguir el "set" completo de sellos conmemorativos de la visita papal a Irlanda. Pueden llegar a valer un dinero, si es que los irlandeses no los conservan como reliquias, entre velones. Otra sugerencia es que recen ustedes el rosario. La señora Elfriede Gourlay, de la Legión de María, está coleccionando un millón de rosarios, no de los de cuentas, sino de los rezados, para obsequiar a Juan Pablo II con esa tremenda oleada de letanias cuando pise la sagrada tierra de San Patricio el próximo día 29. Un premio fastuoso pudieran conseguir estos leales católicos: que se añada a la letanía una jaculatoria más: **Nuestra Señora Reina de Irlanda, ruega por nosotros.** Ante el fracaso de los esfuerzos, más terrenales, de los políticos, bien pudiera ser esta jaculatoria un camino hacia la paz y la justicia en la patética y hermosa isla. Pueden ustedes completar la hazaña comprando medallones con la efigie del robusto Papa Wojtyla, espejos en los que su rostro aparece iluminado con una dulce luz, planchitas de cobre en las que el Pontífice abraza amorosamente el mapa de Irlanda TODA, escapularios, posters, estampas y todo cuanto la imaginación mercantil de la industria de la fe ha concebido para celebrar con algún beneficio el acontecimiento.

### El poder y la gloria

Porque, incluso en la España poscatólica, es difícil comprender el tamaño que ese acontecimiento tiene para los irlandeses. A lo largo de los siglos, desde que los celtas salieron de las tinieblas boscosas de los druidas para recibir el bautismo y fartalecer

su sentido nacional, el catolicismo ha sido para Irlanda el único poder y la única gloria. También un arma antibritánica, hasta que los fenianos descubrieron la pólvora y la dinamita, el fusil rápido Armalite y los dólares de los emigrantes americanos. El otro gran acontecimiento religioso del siglo —el Congreso Eucarístico de 1932— sirvió para que Eammon de Valera y su Gobierno de ex militantes del IRA fortalecieran los cimientos del dramático Estado irlandés. De la emoción nacional no sólo surgió un sistema de relaciones Iglesia-Estado único en Europa, sino también un poderoso instrumento de combate. La verdad es que el catolicismo, junto al folklore, la influencia en Washington y la extraordinaria capacidad de la diplomacia de Dublín, sostienen hoy los muros de la República y mantienen a los ex colonizadores británicos en tensión y con el sable en el puño.

El hecho de que la visita papal coincide con el instante más grave entre los muchos graves que han servido de marco a las relaciones Dublín-Londres en lo que va de siglo, puede tener consecuencias impensables. Por lo pronto, el tono de la prensa británica al comentar la visita, todavía sin reponerse de los fastuosos funerales de Mountbatten, sin restañar las heridas de los soldados muertos en Warrenpoint y sin digerir la actitud de Jack Lynch ante Mrs. Thatcher, es inequívocamente áspero y suspicaz. El viejo James Cameron, con el que hace años compartí el miedo y el vino en una guerra árabe-israelí, no me acuerdo ya en cual de ellas, se puso frenético el otro día en *The Guardian*, condenando la supresión de una programada visita de Juan Pablo II al Ulster. Según Cameron, y otros, el Papa debería haber ido a esa ho-

guera, haberse paseado por las calles de Belfast, haber desafiado la violencia y haber dado testimonio físico de valor apostólico anatematizando con una sonrisa al IRA. Un poco como si la cosa no tuviese más importancia, medio en broma, se saca del arcón de los chismes antirromanos la jocosa historia de la Papisa Juana, también en *The Guardian*, y no hay quien deje de

que ya es el colmo. Los más cautelosos y serenos saben muy bien que no entra en los planes del Papa poner inyecciones de vitaminas a los rebeldes del Ulster (condenados por Roma, condenados por la jerarquía católica británica y, aunque con algún matiz, por la tremenda jerarquía católica de la misma Irlanda), pero ahí está, nada menos que en estos momentos,



gozar cuando conoce la leyenda del sillón de porfirio bajo el cual se metían algunos cardenales para poder proclamar que el Papa recién elegido "testículos abebat". Para terminar de arreglar las cosas, los "milis" del IRA no sólo pasan por ser católicos, al menos oficialmente, sino que, además, son socialistas,

Roma en Dublín, para dar un espaldarazo a la feligresía más devota y sólida de Europa y tal vez del mundo.

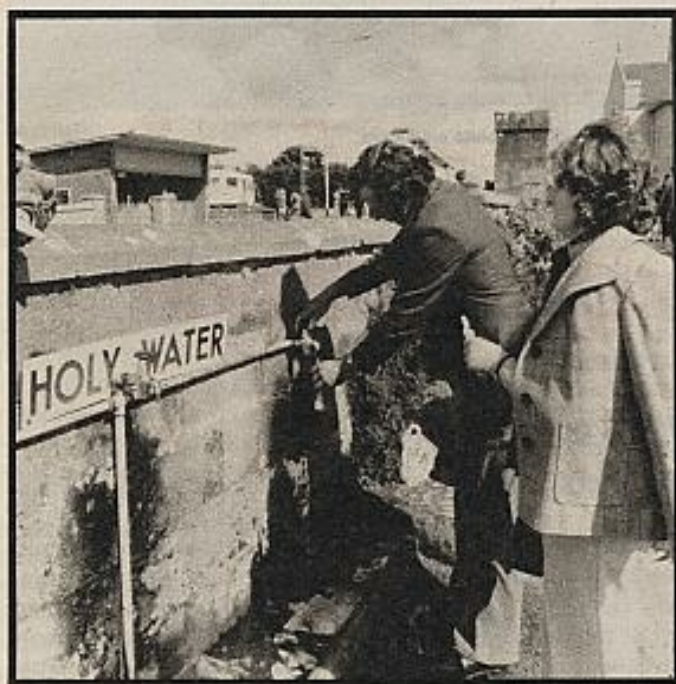
### La ruta del Papa

No pisará Juan Pablo II la tierra de los seis condados irredentos del Norte, pero la verá. La archidiócesis de Ar-





Sobre estas líneas, monseñor O'Flaich, arzobispo de Armagh y primado de toda Irlanda. En la página contigua, una de las innumerables tiendas de bisutería religiosa en esa "Fátima del Norte" llamada Knock, donde (foto inferior) los devotos peregrinos apagan su sed con agua bendita corriente.



magh es también la sede del primado para toda Irlanda, monseñor Tomás O'Flaich, un celta tan íntegro que cambió la forma angloide de su apellido por la actual, arcaica y nacionalista. En ese condado fronterizo está Killineer, junto a la ciudad de Drogheda, y allí dirá una Misa el Pontífice el mismo día de su

llegada a la isla, una Misa al aire libre para 200.000 personas, de las que la mitad habrán llegado del terrible Norte. En la zona limítrofe entre la República y el Ulster se desplegarán discretamente las tropas británicas y unidades de la Policía ulsteriana —el Royal Ulster Constabulary— y republicana —la

Garda—. Demasiado cerca del drama está Killineer, y nadie podrá evitar que el pastor Paisley —cuya personalidad e intenciones nunca entendieron bien los españoles, por cierto— grite desafortunadamente. Peor sería, empero, que los terroristas protestantes —que ya han anunciado su retorno a las operaciones militares y asesinado a un católico en Belfast para honrar a lord Mountbatten— tuviesen alguna idea estúpida. No es probable, pero las medidas de seguridad arbitradas son espectaculares. No es en Granada donde todo es posible; es en Irlanda, como ya va sabiendo todo el mundo. Y en Londres, claro está, donde el IRA causa conmociones sólo con su nombre y en donde nadie parece renunciar al sensacionalismo. Un escandaloso desertor del IRA, Peter McMullen, que espera en los Estados Unidos su posible deportación, dijo el otro día que el palacio de Buckingham está en la lista de objetivos de la organización irlandesa. Ya ven ustedes hasta dónde pueden llegar las cosas. (Por cierto, y como inciso, el

destripador de Yorkshire mató hace unos días a su duodécima víctima horas después de ser asesinados Mountbatten y su familia y de caer 18 soldados británicos en una emboscada. Coincidiendo con todo eso, el ágil gibraltareño Joshua Hassan dijo en público que sus conciudadanos están aterrados por lo que ocurre en España. Es de suponer que lo dice porque en la memoria gibraltareña está el campo de confinamiento del Ulster en el que pasaron la guerra mundial los pobres inquilinos de la Roca.) Pero regresemos al Papa.

A bordo de un helicóptero, más rápido y menos vulnerable, Juan Pablo recorrerá casi toda la República, teniendo como base Dublín. Allí cantará otra gigantesca Misa, en el hermoso Phoenix Park, y desde allí partirá hacia el punto más brillante de la topografía religiosa irlandesa: el santuario de Knock, en el condado de Mayo, al Norte. Knock, pese a las sospechas que durante algún tiempo inspiró al episcopado gaélico, es la "Fátima del Norte". Hace cien años, la Virgen se apareció a un grupo de campesinos, y cómo será la pasión nacional por el santo lugar, que un periódico no sospechoso, el "Catholic Herald", lo llama una forma cáctica de locura divina. La villa no tiene más de 250 vecinos, pero el fenómeno religioso que alberga es único. No fue la Virgen quien apareció ante la mirada asombrada de los lugareños: con ella estaban San José, San Juan Apóstol y el Cordero de Dios. Y allí va este Papa sármata, a recibir no sólo las lágrimas y vítores de un pueblo humildemente devoto, ardiente y fiel, sino también el grito de una nación herida como ninguna otra en nuestra región del mundo. Un grito de santa ira, que se va a escuchar desde muy lejos. Desde Nueva York, por ejemplo, en cuyo paralelepípedo de las Naciones Unidas hablará Su Santidad el Papa sin reponerse de su estancia en la Irlanda de los héroes, los dinamiteros, los criadores de caballos y los muertos. ■